

ferencias, dice Cuvier, que, dada la costumbre que tenemos de juzgar de las acciones de los animales por las nuestras, tomaríamos al joven por un individuo de edad, en que todas las cualidades morales de la especie estuviesen ya adquiridas, y al Entella adulto por un individuo que no tuviese desarrolladas todavía más que las fuerzas físicas. Pero la naturaleza obra así con aquellos animales que no deben salir de la esfera estrecha que les está señalada y á los cuales les basta con poder proveer á su conservación. Para esto era necesaria la inteligencia cuando la fuerza no existía, pero cuando ésta se va adquiriendo, aquella otra potencia pierde su utilidad. Y en la pág. 118 añade: «La conservación de las especies no radica menos en las cualidades intelectuales de los animales que en sus cualidades orgánicas.» Este final corrobora mi proposición de que la inteligencia, como las garras y los dientes, es un instrumento para el uso de la voluntad.

CAPITULO XXXII (1)

DE LA LOCURA

La verdadera salud del espíritu consiste en la memoria perfecta de lo pasado. No quiero decir con esto que nuestra memoria deba conservarlo todo, pues el camino recorrido en la vida se confunde en el tiempo, como el camino recorrido por el viajero se confunde en el espacio, cuando se vuelve á contemplarlo desde lejos. Muchas veces nos es difícil distinguir los años pasados uno á uno, y en cuanto á los días se nos hacen casi todos indiscernibles. En realidad, los acontecimientos perfectamente semejantes que se repiten con mucha frecuencia, y cuyas imágenes se cubren, por decirlo así, unas á otras, son los únicos que pueden confundirse en el recuerdo, de tal manera que no podamos distinguirlos aisladamente. Por el contrario, todo acontecimiento extraordinario ó importante podrá volver de nuevo en la memoria, cuando la inteligencia es normal, vigorosa y sana. En el primer volumen describí la locura como una interrupción en el hilo de los recuerdos, los cuales normalmente se suceden con uniformidad, aunque pierden continuamente algo de

(1) Este capítulo se refiere á la segunda mitad del § 36 del primer volumen.

su plenitud y de su precisión. He aquí algunas consideraciones en apoyo de mi tesis.

La memoria de un hombre sano de espíritu suministra, respecto de un hecho de que aquél haya sido testigo, una certeza que puede considerarse tan bien sentada y tan segura como lo de la percepción actual de una cosa; por eso se da fe al hecho de que depone un testigo bajo juramento. Por el contrario, la declaración de un testigo simplemente sospechoso de locura, pierde todo su valor; he aquí el criterio que distingue entre la salud y la enajenación mental. Cuando yo mismo dudo si un acontecimiento que recuerdo ha ocurrido realmente, me expongo á que sospechen que estoy loco, á menos que mi duda proceda de que no tengo la seguridad de no haberlo soñado. Cuando un tercero, sin poner en duda mi sinceridad, duda de la realidad de un hecho que he referido como testigo ocular del mismo, es que me tiene por loco. Aquellos que á fuerza de repetir la relación de un acontecimiento inventado por ellos al principio, llegan á creerlo, son locos, propiamente hablando, en este punto. Pueden esperarse de un loco pensamientos ingeniosos y á veces sensatos y hasta juicios exactos, pero no puede concederse valor alguno á su testimonio sobre lo pasado. El *Lalstavistara*, que, como es sabido, es la vida del Budha Shakya Muni, cuenta que á la hora en que vino al mundo el Budha, en toda la tierra los enfermos recobraron la salud, los ciegos la vista y los sordos el oído, y que todos los locos recobraron la memoria. Esta última frase se repite en dos pasajes.

Mi larga experiencia me ha llevado á creer que relativamente la locura suele ser más frecuente entre los actores, por el abuso que hacen de su memoria. Cada día tienen que estudiar un nuevo papel ó recor-

dar otro antiguo, y estos papeles no tienen relación alguna entre sí, sino que muchas veces contrastan y se contradicen. Además, el cómico se esfuerza cada noche en olvidarse de sí mismo para trocarse en otro personaje diferente. Todo esto conduce directamente á la locura.

Lo que expuse en el primer volumen sobre el nacimiento de la locura será más fácil de comprender si se recuerda cuánto nos repugna pensar en cosas que hieren fuertemente nuestros intereses, nuestro orgullo ó nuestros deseos; con qué pena nos decidimos á llevar estas cosas á nuestra inteligencia para que las examine municiosa y seriamente, y con qué facilidad, en cambio, las arrancamos bruscamente de nosotros ó nos desviamos insensiblemente de ellas. Recordemos, por el contrario, cómo las cosas gratas acuden por sí mismas á la memoria, y si las echamos se delizan incesantemente de nuevo, de tal modo, que nos entregamos á ellas durante horas enteras. En esta repugnancia de la voluntad á dejar que llegue al círculo iluminado por la inteligencia aquello que la desagrade, está el punto por donde la locura puede invadir el espíritu. En efecto; todo suceso desagradable y nuevo debe ser asimilado por la inteligencia, es decir, que debe obtener un lugar en el sistema de las realidades concernientes á nuestra voluntad y á sus intereses, cualquiera que sea el objeto más grato cuyo puesto venga á ocupar. Cuando esto queda hecho, la impresión penosa comienza á calmarse, pero la operación en sí misma es con frecuencia muy dolorosa y de ordinaria se efectúa lentamente y con dificultad; mas para que pueda conservarse el buen estado de salud del espíritu es condición necesaria que este proceso se realice cada vez con perfección, pues si en un solo caso la repugnancia y

la resistencia de la voluntad á admitir alguna verdad, llegan á tal punto, que aquella operación sólo se efectúa imperfectamente; si ciertos sucesos ó ciertas circunstancias quedan enteramente excluidos de la acción de la inteligencia porque la voluntad no puede soportar su aspecto, si luego la laguna que queda se llena arbitrariamente puesto que es indispensable algún encadenamiento, puede decirse que la locura está allí dispuesta á hacer su aparición. Para complacer á la voluntad, la inteligencia ha hecho traición á su naturaleza. La locura que así nace se convierte en el Leteo de dolores intolerables y viene á ser el último refugio de la naturaleza, es decir, de la voluntad, llena de angustia.

Debo mencionar aquí de pasada una confirmación de mi parecer, que no es de desdeñar. Carlos Gozzi en el *Mostro turchino* (acto 1.º, escena 2.ª), nos presenta un individuo á quien un filtro que bebió le ha hecho perder la memoria. Este personaje tiene todo el aspecto de un loco.

Según lo expuesto, se puede considerar la locura como procedente de haber arrancado algo con violencia al espíritu, lo cual sólo es posible poniendo alguna otra cosa en su lugar. El procedimiento inverso es más raro, ó sea aquel en que el hecho de introducir una cosa en el espíritu precede al de expulsar otra. Esto ocurre, sin embargo, en aquellos casos en que el individuo conserva obstinadamente en la memoria la circunstancia que determinó su locura, sin poder desasirse de ella, como por ejemplo, en ciertas locuras por amor, en la erotomanía, en que el monómano ve constantemente al objeto de su pasión, y también en la locura originada por el terror de alguna súbita catástrofe.

Los enfermos de esta clase se asen convulsivamente, por decirlo así, al pensamiento que les domina, hasta el punto de que ningún otro, y con mayor motivo si es opuesto, puede abrirse camino. Pero en ambos casos, lo que constituye esencialmente la locura es idéntico, y consiste en la imposibilidad en que se halla la memoria de proceder con aquel encadenamiento uniforme que es la base de una reflexión sana y racional. Quizá la exposición de aquel contraste de origen, aplicada con sagacidad, nos suministraría el principio profundo de una clasificación clara de la verdadera vesania.

Hasta aquí no he considerado más que el origen psíquico de la locura, es decir, aquel que se debe á causas objetivas exteriores; pero la mayor parte de las veces la locura viene de causas puramente somáticas; de mala conformación ó de desorganización parcial del cerebro ó de sus envolturas, ó bien de la influencia ejercida sobre el encéfalo por otras partes del cuerpo enfermas. Sobre todo en esta segunda especie de locura, es en la que suelen producirse las falsas percepciones sensibles, las alucinaciones. Sin embargo, ambas clases de locura participan de ordinario la una de la otra, y principalmente la causa psíquica se enlaza con la causa física. Con la locura sucede lo que con el suicidio; es raro que éste sea producido exclusivamente por un motivo exterior. En el fondo hay siempre algún malestar físico, y según el grado de ese malestar, se necesitará una causa exterior más ó menos potente; cuando ese grado llega al punto superlativo, no habrá necesidad siquiera de causa exterior.

Ninguna desgracia, por grande que sea, basta para arrastrar fatalmente á un hombre al suicidio; y ninguna contrariedad, por pequeña que sea, es incapaz

en absoluto de producir tal resultado. Ya he manifestado cómo una causa psíquica, por ejemplo, una gran desgracia, puede originar la locura en un hombre sano. En aquel que está predipuesto físicamente, bastará para ello la menor contrariedad. Recuerdo haber visto en un manicomio á un soldado que se había vuelto loco porque su jefe le había dirigido la palabra sirviéndose del pronombre personal de la tercera persona en lugar de usar el de la segunda (en alemán *er* en vez de *du*). Cuando la disposición somática es muy pronunciada, tan luego como madura, toda causa exterior es superflua. La locura procedente de causas puramente psíquicas puede producir, á consecuencia de la violenta confusión en el encadenamiento de las ideas en la cual confusión tiene su origen, una especie de parálisis ó alguna otra depravación de cualquier parte del cerebro, que se hará permanente si no se aplica pronto el remedio; por eso la locura sólo puede curarse al principio, más tarde es incurable.

Existe una *manía sine delirio*, un frenesí sin locura. Pinel lo afirmaba, Esquirol lo ponía en duda y después se ha discutido mucho el pro y el contra. Si semejante estado existe realmente, se explicaría por el hecho de que la voluntad se sustrae entonces completamente á la dirección y gobierno de la inteligencia, de donde se sigue que aquélla aparece, en tales casos, como una fuerza natural ciega, impetuosa y destructura, y se manifiesta, por consiguiente, en la manía de anonadar todo lo que halla delante de sí. Esta voluntad desbocada se asemeja entonces al río que ha roto sus diques, al caballo que ha derribado al jinete, al reloj cuyo muelle se escapa; pero en este estado, lo que se halla en suspenso es sólo

el empleo de la razón, es decir, del conocimiento reflexivo, pero no el uso del conocimiento intuitivo, pues sin éste la voluntad carecería de toda dirección, y el hombre, por consiguiente, quedaría inmóvil. El loco frenético percibe los objetos, puesto que se lanza hacia ellos; tiene también conciencia actual de lo que hace, y conserva recuerdo de ello; pero está privado de toda reflexión, y como la razón no le guía, es incapaz de tener en cuenta aquello que no está presente ante él, y, por tanto, todo lo pasado y todo lo futuro. Después del acceso, cuando la razón recobra su imperio, vuelve á funcionar perfectamente, pues su actividad propia no está mudada ni depravada, y lo único que hay es que la voluntad ha conseguido emanciparse de ella durante un momento.
